

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO III

JULIO 31 DE 1926

NÚM. 5

Ricardo Donoso

Un espíritu colonial: don Pedro N. Cruz

CON el título de «Estudios sobre literatura chilena», don Pedro N. Cruz ha reunido en un volumen algunos de sus artículos, que había publicado, en diarios y revistas, veinte, treinta y treinta y cinco años ha. Al prohiar en un volumen sus ya añejas opiniones literarias, el señor Cruz nos ofrece el caso singular de persistir en ellas, a pesar del transcurso de los años y la indudable evolución de sus gustos, con indestructible contumacia. El volumen ha tenido para la generación actual todo el valor de lo inédito, ya que los estudios en él contenidos se hallan publicados en diarios y revistas de hace un cuarto de siglo, que yacen olvidados en los anaqueles de las bibliotecas, sirviendo sólo a la curiosidad de investigadores y eruditos.

Comienza el autor por sentar en el prólogo una declaración que es la mejor anticipación de que no encontraremos en sus páginas elevación de ideas, serenidad de espíritu ni ánimo des-

preocupado. «Los artículos publicados por primera vez en estos volúmenes, dice, tienen doble objeto: estudiar a nuestros principales escritores en su aspecto literario y rebatirlos cuando atacan a la Iglesia Católica.» Ya tenemos, pues, hecha su profesión de fe, y consignado por propia declaración de su autor lo que hallaremos en las páginas de su libro: el fanatismo más encendido, las preocupaciones religiosas aferradas a su espíritu con tenacidad de clavos, incomprensión, ciega intolerancia, violencia y hostilidad para los hombres y las ideas que no son gratos a su criterio.

Su artículo sobre Lastarria lo inicia Cruz con estas palabras: «Hay entre nosotros algunas preocupaciones que dificultan la tarea de juzgar con independencia a nuestros principales escritores. Todos ellos han desempeñado los más elevados puestos en la enseñanza, en el Congreso, en la administración pública, en el directorio de los partidos políticos, y han subido a estos cargos a título de hombres de letras y no de individuos llamados por su práctica y estudios especiales.» Entre esas preocupaciones que dificultan la tarea de juzgar con independencia a nuestros escritores, las de mayor consideración y más difíciles de remover, son las de índole religiosa, como el caso mismo del obstinado crítico nos está demostrando; y el hecho de que ellos hayan ocupado altos cargos en la enseñanza, en la administración pública y en el Congreso, a título de escritores y de hombres de cultura superior al término medio de sus contemporáneos, dice bien a las claras que para apreciar en toda su integridad la labor de aquellos preclaros varones, no basta analizarla en uno solo de sus aspectos, y si la posteridad se muestra agradecida a sus esfuerzos y venera su memoria, es porque contribuyeron eficazmente a una obra de organización política y social, de administración pública y progreso cultural, de libertad espiritual y respeto de la personalidad humana.

Cierta crítica complaciente no ha regateado sus elogios al mezquino engendro de Cruz, y hasta ha hecho sonar la palabra de maestro. ¿Maestro de qué? ¿De la incomprensión, de la intolerancia y del podrido fanatismo colonial?

Sigamos, al ofuscado y apasionado crítico, a lo largo de sus opiniones sobre nuestros principales escritores y prohombres de la pasada centuria.

BILBAO

El artículo que el crítico pelucón consagra a Francisco Bilbao es el mejor exponente de la feroz intransigencia de sus preocupaciones religiosas, de su mezquindad de espíritu, de su insidiosa virulencia. Cruz no concibe ni acepta la admiración desinteresada y sincera, la espontaneidad, el entusiasmo, la comunidad de ideas: todo lo mira a través de un prisma de pequeñez, de egoísmo, de sentimientos inconfesables y ruines. Para él Bilbao es un iluso, un desequilibrado, un insano, aquejado de perturbación mental, que vive en medio de las alucinaciones de una semilocura. Leamos este párrafo de Cruz, revelador de toda la plebeyez de su alma y de las prevenciones de su pluma: «Uno de los que asistían con más constancia a las sesiones de la Sociedad, dice, era un hombre del pueblo, bastante andrajoso. No salía de allí. Bilbao se le acercó una vez y le dijo:

—Ciudadano, es necesario no olvidar que necesitáis del trabajo para vivir.

—Yo no, ciudadano, contestó, porque vivo de entusiasmo.»

¿Qué conclusión saca el escritor de esta admirable y preciosa respuesta, reveladora de la influencia de su verba ardorosa y del ascendiente que ejercía en el espíritu de las masas? Oigámosle: «Tal vez el rofo estaría medio achispado, y quizás sería ese su estado normal e iría a dormir a la Sociedad arrullado por la voz del orador. Pero, en fin, si le hubiesen preguntado: ¿entusiasmo de qué o para qué?, nunca habría podido decirlo claro. Casi todos irían a las sesiones a oír hablar como iban también a la retreta a oír tocar.» Esta glosa vulgar, tan *terre à terre*, no puede ser más desgraciada y pobre. Un verdadero escritor, una pluma más zahorí, habría obtenido de aquella respuesta una explicación mucho más humana y satisfactoria. Un

crítico tendencioso y prevenido como Cruz, no halló un comentario más adecuado que el burdo y ramplón anteriormente transcrito.

Pero para Cruz no fué el autor de «La sociabilidad chilena» un desequilibrado en todos los instantes de su azarosa existencia: cuando publicó en Lima unos «Estudios sobre la vida de Santa Rosa de Lima», estuvo en un momento lúcido, el único de su fecunda carrera! Sintetizando su opinión sobre Bilbao, Cruz escribe: «Y digámoslo también, los que aquí, en tiempos de agitación religiosa, intentan hacer revivir la memoria de Bilbao, ¿qué otra cosa procuran sino glorificar los escándalos que dió inconscientemente, a ver si otros se animan con el ejemplo y poder lanzarlos contra lo que convenga destruir, en cualquier orden de cosas? Grande abuso de la credulidad del vulgo es presentar a Bilbao como filósofo, regenerador, benefactor público, escritor notable. Ni dejó sistema alguno, ni fundación benéfica, ni regeneró nada, ni inventó nada sino obscuridades ininteligibles, ni supo discurrir, ni escribió cosa que valga la pena de leerse.» Esto está muy bien, particularmente en una persona tan respetuosa de los dogmas de la iglesia católica como el señor Cruz, pero, ¿nada más? ¿Qué es lo que admira la posteridad en Bilbao? Su entusiasmo, su valor moral, su obra de agitador de las masas y de los espíritus, su labor renovadora de las ideas y de las costumbres políticas, en medio de una sociedad dominada por el fanatismo, que sólo se preocupaba de invocar a Dios y rezar el rosario. Pero, consolémonos, la prédica de estos espíritus trogloditas cae en el vacío: la Cámara de Diputados acaba de autorizar recientemente la erección de un monumento al autor de los «Boletines del Espíritu».

LASTARRIA Y SUS ADMIRADORES

En el estudio sobre Lastarria y en el que le sigue sobre Lastarria y sus admiradores, hallamos la misma pequeñez de espíritu, la misma obstinada intransigencia, el mismo odio que orientan las páginas de la biografía de Bilbao. El liberalismo

del autor de los «*Recuerdos literarios*» y sus juicios sobre el partido conservador, son su obsesión, y contra ellos arremete, si no con alinados argumentos, con agresividad inspirada por el más rudo fanatismo, abultando los defectos y reduciendo los atributos, ampliando las sombras y trazando una semblanza antipática del hombre y del escritor. Es cierto que no le regatea algunos elogios: reconoce que de nuestros escritores es el que tenía mejor frase, pero que en lo que ha escrito anda muy señalado el ceño adusto del raciocinio y faltan casi por completo la sonrisa y el gesto expresivo de la imaginación. Esto, que en Lastarria es un defecto y cualidad característica en Vicuña Mackenna, da ocasión al crítico para formular un reparo. Agrega que Lastarria sabía exponer sus doctrinas con claridad, que tenía ideas filosóficas, pero carecía de originalidad. «Se conoce, se siente, escribe, diré más bien, que era hombre de verdadero talento, de un talento claro, vasto, generalizador, con muchas aptitudes para la especulación; que era hombre capaz de sobresalir con justo título en su género, y de escribir obras mejores, más útiles y mucho más duraderas que las que escribió.» Estos elogios, que a regañadientes le tributa el crítico, son una perla en un mar de disquisiciones agresivas e insidiosas.

Las opiniones de Lastarria sobre don Diego Portales y la política conservadora son las que más merecen la apasionada crítica del escritor pelucón. Para don Pedro Cruz, Portales descuella en nuestra historia como verdadero gigante, pero sin que consigne la justificación de su afirmación. ¿Cómo se explica el crítico conservador las opiniones de Lastarria sobre el omnipotente ministro de la administración Prieto? ¿Por la solidez de sus convicciones liberales, la tolerancia de sus principios, o por su repugnancia a la política de represión y arbitrariedades que simboliza aquel eminente hombre público? Nada de eso: la explicación es mucho más sencilla y muy del agrado del espíritu conservador: la causa de la malquerencia de Lastarria hacia Portales era la envidia. «Todo esto es una confusión, escribe. ¿Qué era, al fin, ese ministro? Era un grande hombre a quien nuestro autor odiaba y envidiaba. La ambición de éste no era otra que desempeñar en

Chile el papel que hizo el ministro, esto es, el de organizador de una sociedad nueva y fundador de su gobierno. Lastarria mira a Portales como un enemigo personal, como a un hombre que le ha arrebatado la gloria: en vez de la estatua de Portales, debía levantarse la del autor de las «Lecciones de política positiva». Este pobre autor debía sublevarse delante de su rival, considerándose como la inteligencia pura vencida por la fuerza bruta: sus teorías se estrellaron contra los sólidos muros que dejó levantados el que fundó el partido conservador en nuestra patria.» Y poco más adelante: «Y bien, ¿cómo había de conformarse nunca al ver que Portales, un hombre sin conocimientos, un simple mandón, un tiranuelo, como lo llama, llegase a ser la piedra angular del gobierno de su patria; mientras que él, Lastarria, nunca pudo aparecer sino como político mediocre, teniendo como tenía en sus manos las tablas de la verdadera política, la política positiva, y sabiendo como nadie lo que es a punto fijo la libertad y el derecho, y en qué consisten las evoluciones, y mil curiosidades de esta especie? Padeció muchos desengaños, y bien podemos perdonarle la acritud de sus desahogos.» Lastarria no condenaba, pues, a Portales porque veía en él la encarnación de un sistema político que repugnaba a su espíritu, no porque considerara inaceptables e injustificables sus arrestos de dictador, no porque rechazara con toda la fuerza de sus arraigadas convicciones sus funestas ideas políticas, sino porque lo envidiaba y sus opiniones las dictaba el despecho. Ya lo dijo un eminente escritor peninsular: «Insistiré siempre en que las características del espíritu conservador, y por lo tanto del criterio conservador, es ver de explicar la conducta ajena por los móviles más bajos. En substancia, plebeyez. Se deduce un doble postulado: el espíritu conservador suprime la energía ascendente y noble de la vida; el espíritu conservador es incapaz de engendrar grandes empeños o de comprender grandes obras de arte» *.

* Ramón Pérez de Ayala, en un artículo de la revista «España» de 9 de Abril de 1915.

En el capítulo que consagra a los admiradores de Lastarria, don Alejandro Fuenzalida Grandón, don Augusto Orrego Luco y don Paulino Alfonso, se acentúa esta tendencia a buscar una explicación en móviles bajos y mezquinos, a los elogios que los autores nombrados bordan en torno a la vida y la obra del autor de los «Recuerdos literarios». Comienza Cruz por asentar que no está suficientemente demostrada la importancia de los servicios prestados a la nación por Lastarria, y que se procura ensalzar su personalidad más allá de los términos debidos. Está visto: el proyecto de erigir un monumento al autor de «La América» no es grato al espíritu conservador. La evocación de la personalidad de Lastarria presta aquí asidero al crítico conservador para emprenderlas contra aquél, contra la enseñanza del Estado, don Valentín Letelier, Barros Arana y el mismo Fuenzalida Grandón. En sus opiniones sobre el hombre público liberal constatamos la misma hostilidad que anima su estudio de 1890, las mismas suposiciones insidiosas, la misma obstinada incomprensión de siempre. El mismo libro de Fuenzalida Grandón tampoco sale muy bien parado de manos del rudo crítico. «Lastarria y su tiempo», la obra de Fuenzalida Grandón, fué premiada en un concurso, cuyo jurado era integrado por los señores Barros Arana y Valentín Letelier. ¿Cómo obtuvo Fuenzalida el premio? ¿Porque su obra era buena y lo merecía, porque admiraba sinceramente a Lastarria y su labor era un serio esfuerzo de investigación y de crítica? No, señores, nada más lejos de eso; sino porque el autor se dedicó a lisonjear a los miembros del jurado, porque tenía sus mismas ideas en materias políticas, religiosas y educacionales. La misma mezquindad, el mismo criterio estrecho, la misma absurda y tenaz incomprensión que campea en todas sus páginas!

La antigua hostilidad reaccionaria contra la enseñanza del Estado halla en Pedro Cruz un ardoroso intérprete. Ya que no con buenas razones, sobran las envenenadas insidias para atacarla. «Es de suponer, escribe, que el señor Fuenzalida Grandón, profesor del Instituto Pedagógico, ha de ser consecuente con sus ideas, y procurará con todo empeño cerrar el paso a cual-

quier elemento conservador, clerical o monacal que tenga el atrevimiento de aspirar a profesor de Estado.»

Lo que el prestigioso catedrático dice de cómo concebían la historia Amunátegui y Barros Arana, saca también a Cruz de quicio, y sin más bagaje que la lectura del libro de Gaylord Bourne sobre el régimen colonial de España en América, condena a ambos historiadores a velas apagadas. «Cualquiera que lea la obra de Eduardo Gaylor Bourne «El régimen colonial de España en América», se convencerá de que ni Lastarria, ni Amunátegui, ni Barros Arana comprendieron ese régimen. En todo caso, en ese libro está marcado el verdadero rumbo para conocer el espíritu de la organización colonial española.» Con esto el virulento escritor cree clavar una pica en Flandes y haber dicho una verdad más grande que una cordillera, pero sin que ella contribuya a destruir ninguna arraigada convicción, ni aporte una razón valedera.

AMUNÁTEGUI

El estudio que Cruz consagra a don Miguel Luis Amunátegui y a su obra literaria es, en mi opinión, lo más acertado de su volumen, pero oscurecido por la fanática intransigencia de su espíritu colonial. Reconoce el escritor conservador en Amunátegui condiciones de historiador, elogia sus primeros libros, señala sus cualidades, pero lo odia en cuanto a educador y hombre público por haber sustentado ideas liberales. Cuando Amunátegui cita a Jesucristo y habla de Dios, escribe movido sinceramente por la inspiración; pero cuando se deja llevar de sus ideas y llega a conclusiones que no son del agrado del crítico, es un historiador detestable.

Para elogiar al autor de «La dictadura de O'Higgins» Cruz se complace en rebajar a Barros Arana. La personalidad de nuestro eminente historiador es una obsesión que lo persigue a todas partes. No le puede perdonar su liberalismo, el arraigo de sus ideas, su espíritu científico, su probidad literaria. El que no crea en burdas patrañas, ni comulgue con el rancio

espíritu colonial, ni cite a Dios y a la Divina Providencia a cada paso, lo saca de quicio. Amunátegui y Barros Arana tienen, pues, para él dos pecados gravísimos que purgar: haber sustentado ideas liberales y haber sido acérrimos enemigos de la libertad de enseñanza, tal como los conservadores la entienden. De aquí a negar a ambos sus condiciones de historiadores y escritores no hay más que un paso. Aún más: ambos han contribuido a echar a perder el gusto literario de los chilenos. «Hemos tenido la desgracia, escribe, de que los historiadores chilenos que han formado la opinión corriente acerca de la época colonial, hayan sido liberales o incrédulos.» Hemos tenido la suerte y la felicidad, diré yo, de que nuestros historiadores se han dejado guiar por la única orientación que rinde frutos duraderos: la investigación de la verdad, y nada más que de la verdad. Porque han sabido encontrarla y exhibirla es que sus obras viven y perduran, y han contribuido, con razón, a formar la opinión corriente. En vez de dejarse llevar de añejas preocupaciones, de rancios prejuicios, guiados sólo por un austero espíritu científico han erigido en nuestra literatura un monumento sólido y perdurable. No es que nos hayan faltado historiadores crédulos y católicos servientes: ahí están las obras de los padres Olivares, Ovalle, Rosales, Molina, Melchor Marín, para demostrarlo. La única luz que resplandece con brillo propio y penetrante es la de la verdad, y cuantos esfuerzos se hagan por desvanecerla u ocultarla resultarán siempre estériles.

Pero, debo repetirlo: prescindiendo de las apasionadas páginas que al crítico dicta la intransigencia de su espíritu, el estudio sobre Amunátegui es en general, justo, acertado y exacto.

BELLO, SALAS Y LACUNZA

Los tres artículos siguientes los consagra Cruz a estudiar la personalidad de don Andrés Bello, de don Manuel de Salas y del padre Lacunza. No pretendemos escatimarle elogios: el crítico discurre aquí con más ecuanimidad, y no se deja arrastrar

por sus prejuicios. La personalidad del venerable redactor del Código Civil no le entusiasma; reconoce sus allísimos merecimientos, apunta las características de su selecto espíritu, pero formula sus reservas. El crítico no comprende al hombre ni el medio en que actuó. Pretende Cruz poner en ridículo a Bello, exhibiéndolo como enfrascado en la averiguación de minucias lingüísticas, gramaticales y filológicas, ajeno por completo al movimiento literario de su época. Bastaría recordar la primera polémica que provocó Sarmiento, en la que don Andrés Bello participó incidentalmente, para reconocer la inexactitud de esta afirmación del escritor pelucón. Conservador, académico, hombre dócil al poder, erudito, gramático, don Andrés Bello pudo haber arrancado un elogio más ardoroso a este discípulo de Valbuena, pero su entusiasmo no trasciende, el aplauso se enfría en sus manos, una sonrisa escéptica se le dibuja en los labios. No quedarán como un modelo de comprensión las páginas que este rudo crítico conservador ha consagrado al sabio rector de la Universidad de Chile: después de las admirables que le han dedicado escritores como don Manuel Antonio Caro y Rufino Blanco-Fombona apenas si ellas merecerán recordarse a título de curiosidad erudita.

Su estudio sobre don Manuel de Salas, su vida y sus escritos, está concebido sin fanática intransigencia, con rara ecuanimidad y alinado acierto.

Del padre Manuel Lacunza dice Cruz que es el mejor escritor chileno: esto podrán apreciarlo quienes lo hayan leído, pues la personalidad y la obra del oscuro jesuita están tan lejos de nuestra época y nuestro interés que ellas apenas si despiertan la curiosidad de este o aquel erudito.

VICUÑA MACKENNA

Con muy buen acuerdo el autor ha relegado a las últimas páginas de su libro el estudio sobre don Benjamín Vicuña Mackenna, que no es más que una colección de ineptias. El señor Cruz desconoce la obra del autor de la «Historia de

Santiago», ha picoteado en ella un párrafo aquí y otro más allá, ha recorrido superficialmente algunos de sus libros y con esos precarios elementos pretende componer un juicio definitivo. Según él no tenía noción clara y bien definida del conjunto, ni el arte de disponer las partes y pormenores, en suma, la facultad narrativa. En alguna de sus obras hay algunos trozos regulares, uno que otro bueno, pero son tan raros que no pueden tomarse en cuenta. Para leer a nuestros escritores el crítico conservador se pone ante todo las antiparras de la antipatía y la prevención, y así todos resultan desfigurados, falseados o grotescamente ridículos. En una obra literaria tan extensa como la de Vicuña Mackenna, en una producción tan fecunda, es natural que haya muchas páginas mediocres, no pocas insignificantes y algunas dignas de piadoso olvido. En un escritor que vivió la mayor parte de sus días angustiado por la conquista del cotidiano mendrugo, que anduvo desterrado y escribiendo siempre a la carrera, como llenando una imposterizable necesidad de su espíritu—«mi mejor medicina es la tinta», decía,—no puede buscarse una perfección académica, ni un amaneramiento muy del agrado de los críticos. Pero a falta de ello, ¡qué comunicativo entusiasmo, qué ardiente apasionamiento, qué espontaneidad, qué encantadora soltura! Vicuña Mackenna es, junto con Pérez Rosales y Justo Arteaga Alemparte, nuestro mejor escritor de la pasada centuria, el que se lee con más agrado, el que posee un estilo más evocador, lleno de pasión y colorido: el de más aguda sensibilidad, el más interesante y más cercano a nuestro espíritu. Muchas de las páginas de su «Diario de tres años de viajes», del «Ostracismo de O'Higgins», de los «Diez meses de misión», de «Don Diego Portales» y de «La jornada del 20 de Abril de 1851», quedarán siempre como unas de las más bellas y admirables de nuestra historia literaria. La hostilidad y ceguera del crítico sólo se explican por la insuficiencia de sus lecturas y las prevenciones de su intransigente espíritu.

UN ESPIRITU COLONIAL

El señor Cruz no oculta ni disfraza su credo de conservador y fiel creyente: en la página 97 consigna que Dios creó al hombre, le dió libertad, lo hizo sociable, le asignó un fin último, al cual debía tender solo y asociado. Ya antes había escrito que el hombre está en la tierra para amar y adorar a Dios y conquistar el cielo con la práctica de las virtudes cristianas.

No se puede menos que creer que un espíritu bienaventurado, una alma ingenua y candorosa como la del señor Cruz, que comulga con tales ruedas de carreta, no admire ni venera las personalidades de hombres como Bilbao, Lastarria, Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna, que riñeron tan rudas batallas en favor de sus convicciones liberales. Es perfectamente explicable también que el escritor conservador considere que los escritores nombrados nos han trazado un cuadro falso y tendencioso del régimen colonial español. «Nuestros historiadores liberales hacen lo propio: tienen la manía de oscurecer el régimen colonial, escribe, y de poner a los chilenos de aquel tiempo como un rebaño de viejos santurriones, más o menos estúpidos; aquello es de una lobreguez melodramática. Vamos, no debía ser tanto como dicen. No hay motivos para creer que en tan pavorosa época no hubiese escuelas, libros; agudos ingenios, y sol, cielo azul, primavera, amores, niñas encantadoras y galantes mancebos. ¡Cuándo se levantará un historiador que nos ilumine esas tinieblas con brillante antorcha y no con mezquinas velas de sebo!» No se ve qué relación pueda haber entre el sol, el cielo azul, la primavera, las lindas mozas y los amorosos mancebos, con las costumbres y el régimen colonial peninsular. Escuelas había unas cuantas anexas a los conventos, libros no se conocían otros que los indigestos de teología y legislación, y en cuanto a los agudos ingenios deben haber vivido tan ocultos e ignorados que no ha bastado el transcurso de los siglos para sacarlos a luz.

Este tópico del régimen colonial español es muy del agrado del crítico, pues a hacer su panegírico dedica buenas páginas

de su volumen. ¿Qué nos legó el régimen colonial español? Según él lo siguiente: la paz, la equidad, y la pureza de costumbres. La tranquilidad y la paz sólo fueron transitorias en nuestro país, donde el ánimo inquieta y belicosa de los araucanos prolongó la lucha hasta los días mismos de la república; la equidad de los tribunales y autoridades españolas es punto muy discutible; y en cuanto a la pureza de costumbres, ella está muy lejos de haber sido probada. El crítico pelucón cree en ella como artículo de fe y el hecho de que don Miguel Luis Amunátegui se haya permitido dudarla, y aún publicado un libro para llegar a la conclusión contraria, le da materia para discurrir varias páginas, con ardiente celo de convencido católico, pero con muy flacas argumentaciones. Según él las conclusiones del eminente historiador están encaminadas a difamar a una sociedad profundamente católica: afirmación gratuita y perfectamente insidiosa, del todo injustificada. «Lo bueno es que en medio de la crápula, desenfreno y espantosa inmoralidad que Amunátegui ha encontrado en la colonia, dice, no aparecen rastros de una sola casa de tolerancia, ni siquiera de alguna menguada mujercilla que ejerciera tranquilamente el oficio.» Es cierto que Amunátegui no encontró rastro de casas de diversión, pero es raro que un crítico tan bien enterado de la labor de nuestros escritores olvide las páginas que a las mujeres de vida airada consagró Vicuña Mackenna en uno de sus libros, «Los médicos de antaño en el Reino de Chile». «Esta austeridad de costumbres, agrega el escritor conservador, está confirmada por los cronistas de aquella época, y aún por extranjeros que visitaron la colonia en el siglo XVIII». Muy oportuno habría sido citar el nombre de esos cronistas; del lado contrario se puede allegar el testimonio de dos testigos insospechables, don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, que en su justamente famoso libro «Noticias secretas de América» dieron muy prolijas y menudas noticias de la disolución de costumbres de la sociedad colonial de su tiempo.

Lo que hay es que al reconocer que las costumbres no eran tan puritanas ni ceñidas a una moral tan acrisolada como se pretende, habría que reconocer el fracaso de la misión morali-

zadora del catolicismo, postulado que para una pluma tan fanática como la del señor Cruz equivaldría a la más señalada de las herejías.

En su afán apologético del régimen colonial español, el escritor conservador llega a consignar afirmaciones tan descabelladas y tendenciosas, que más vale considerarlas como burdas ineptias. Así, en la página 257, dice que en Chile estaba tan hondamente arraigada la fidelidad al monarca español «que es bien probable que se hubiera resignado a su suerte y que la independencia se hubiera retardado, si los jefes de la expedición, Osorio y después Marcó, no hubiesen exasperado a los habitantes con su despótica administración, bien diversa de las tradiciones coloniales». La simiente que habían lanzado al surco Camilo Henríquez e Irizarri, Argomedo y Martínez de Rosas, no habría fructificado a no mediar las exacciones de la reacción española! Magnífico paradigma de incomprensión, mezquino aserlo de un mezquino espíritu, ofuscado por el fanatismo y la superstición religiosa!

CONCLUSIÓN

El estudio de nuestros escritores sirve a Cruz de pretexto para quebrar lanzas en pro de su credo religioso: no lo mueven ni su afición literaria, ni su ecuanimidad; su acendrada fe y sus convicciones son el mejor acicate de su apasionada pluma. No debemos, pues, asignar a las páginas de su volumen una existencia duradera; tendrán tal vez el valor de un aporte polémico, ardiente y encendido de religioso celo. Pero de aquí a considerarlo un nuevo Menéndez y Pelayo media enorme distancia: yo diría que tiene del erudito polígrafo castellano la feroz intransigencia del espíritu, con mucho de la miopía y estrechez del inolvidable don Antonio de Valbuena *.

* De las críticas de Cruz a la labor literaria del historiador de Chile me haré cargo en un próximo artículo. «Barros Arana y sus detractores».